

ARCHIMANDRITA SPIRIDÓN

**RECUERDOS DE UN
MISIONERO EN SIBERIA**

Lo que he visto y vivido

EDICIONES SÍGUEME
SALAMANCA
2003

La edición de este clásico de la espiritualidad rusa y universal
está dedicada a José María Hernández Blanco.
En nuestro recuerdo. Ediciones Sígueme

Cubierta diseñada por Christian Hugo Martín

Tradujeron Francisco José López y José María Hernández
del original ruso *Iz vidennavo i perezitovo. Vospominanja propo-
vednika-misionera b Sibiri*, publicado en la revista *Christjanska-
ja mysl'*, n. 1-4, 8-10 (1917).

© Ediciones Sígueme S.A.U., 2003
C/ García Tejado, 23-27 - E-37007 Salamanca / España
Telf.: (34) 923 218 203 - Fax: (34) 923 270 563
e-mail: ediciones@sigueme.es
www.sigueme.es

ISBN: 84-301-1502-1
Depósito legal: S. 1354-2003
Impreso en España / UE
Imprime: Gráficas Varona S.A.
Polígono El Montalvo, Salamanca 2003

CONTENIDO

<i>Prefacio</i>	9
1. De Rusia al monte Athos	15
Infancia y preadolescencia	15
Simeón, el peregrino	22
En marcha hacia el monte Athos	31
Vuelta a la aldea. El santo Maksim	39
2. Predicación en Siberia	49
Primera predicación en el Altai	49
Peregrinación a Tierra Santa	52
Predicación entre la gente de Siberia	59
3. Entre los deportados	67
En la cárcel de Cita	67
El seminarista homicida	68
El «viejo creyente» de duro corazón	72
El ladrón sacrílego	75
El bandolero arrepentido	77
El inocente condenado por amar a los hermanos	82
La pecadora arrepentida	86
El preso que había renegado de la Iglesia	90
Alí, el musulmán	94
El cleptómano	98
El hereje	100
El sacerdote ladrón	107
El estudiante terrorista	109

4. La penitenciaría de Nercinsk	111
El apóstol de las prostitutas	111
El libertino disoluto y homicida	114
El asesino que se hizo monje	117
El santo <i>mullah</i>	121
El que practicaba los abortos	123
El musulmán de corazón evangélico	126
El ladrón de iconos	128
Reflexiones de forzados	131
El moldavo parricida	136
El oficial traidor	140

1

De Rusia al monte Athos

Infancia y preadolescencia

No sé ni quién ni qué fui antes de mi nacimiento en la tierra. En ella aparecí en 1875. Mis padres eran pobres campesinos. De mis tres primeros años de vida no recuerdo nada, pero desde los cuatro hasta el día de hoy me acuerdo absolutamente de todo.

Me sentí muy pronto inclinado a la contemplación solitaria de Dios y de la naturaleza. Recuerdo que, siendo aún muy pequeño, mis vecinos me tenían por un niño extraño.

No tenía aún cinco años y ya empezaba a rehuir a los niños de mi edad. Prefería adentrarme en el bosque, dar una vuelta por el campo y pasar horas y horas en las colinas absorto en la meditación. ¿Existe Dios?, ¿tiene mujer e hijos?, ¿qué come, qué bebe?, ¿de dónde viene y quiénes son sus padres?, ¿por qué es Dios precisamente él y no cualquier otro?, ¿por qué no lo soy yo?, ¿qué soy yo?, ¿por qué ando, por qué inclino la cabeza, por qué hablo, como, bebo, me siento y duermo?, ¿por qué los árboles, las hierbas y las flores no pueden hacer eso mismo?

Pero lo que más me impresionaba era el sol y, por la noche, las estrellas. No me cabía en la cabeza que el sol se pudiera mover.

Había días que me fascinaba tanto el sol que cuando me iba a la cama por la noche decía:

—Bueno, mañana, en cuanto me levante, iré sea como sea hasta donde nace el sol. Llevaré un trozo de pan y procuraré que no me vea mi mamá.

Pero las estrellas no me importaban menos que el sol. No lograba entender por qué sólo aparecían por la noche. ¿Qué son las estrellas?, ¿viven como las personas o son unas lámparas que están ahí encendidas? Con todo, lo que más me impresionaba era la Vía Láctea. Una vez le oí decir a un muchacho amigo mío que un maestro, que vivía en su casa, les había contado a sus padres que el sol era muchas veces mayor que la tierra, que las estrellas eran tan grandes como nuestra tierra y que algunas de ellas eran incluso más grandes que el sol, pero que parecían tan pequeñas porque estaban arriba, muy arriba y muy lejos de nosotros. Me llamó tanto la atención todo esto que no pegué ojo en toda la noche de lo mucho que me había impresionado, y a la mañana siguiente, nada más salir el sol, me fui a ver a aquel maestro. El maestro me recibió y, cuando le dije a qué venía, empezó en seguida a hablarme de la tierra, del sol, de las estrellas y de muchas otras cosas semejantes.

Recuerdo, como si fuera ahora mismo, cómo lo escuchaba conteniendo la respiración, a la vez que se me caían unas lágrimas llenas de alegría y entusiasmo. Me parecía que me estaba enseñando un cuadro apasionante que jamás había visto hasta ese preciso momento.

Lo estuve escuchando durante mucho rato. Cuando terminó de describir la naturaleza y después de preguntarme de quién era y cuántos años tenía, impresionado aún por sus relatos volví al huerto donde crece el cáñamo, caminé adentrándome profundamente en él, me puse de rodillas y empecé a rezar a Dios. No recuerdo aho-

ra lo que le pedí en aquel momento, pero de lo poco que recuerdo sé que algo le pedí. Recé con tanto fervor y con tantas lágrimas que se me inflamó la cara y los ojos se me quedaron rojos por la sangre. Poco después me puse malo y estuve varios días en cama. Pasada esta enfermedad, mi madre me empezó a mirar con cierta aprensión.

No sé cuanto tiempo transcurrió desde que sucedieron estas cosas hasta que aprendí a orar. Mi primera oración fue el Padrenuestro, luego el Ave María, luego «Es justo y necesario» y algunas otras.

La verdad es que desde niño, y no sé por qué, siempre he preferido rezar espontáneamente sin seguir normas fijas. Y todavía lo sigo haciendo. En el pueblo donde nací había campesinos muy religiosos y mi madre me llevaba muchas veces a sus casas. Estos campesinos hicieron mucho bien a mi alma de niño, pero lo que más inflamaba mi espíritu eran los bosques, los campos, el sol y las estrellas del cielo. Jamás olvidaré con qué sensación de éxtasis miraba el sol o la Vía Láctea poblada por astros celestes.

A partir de los siete años me iba de casa, incluso más a menudo que antes, a andar por el campo. Muchas veces iba con mi padre, con mi tío o con los jornaleros. Allí la naturaleza me atraía con más fuerza.

Había noches en que todo dormía un sueño profundo a mi alrededor. Sólo yo velaba, embriagándome hasta llorar, contemplando la belleza y la armonía de las estrellas. Pero lo que más me maravilla es que desde tan pequeño me haya sentido tan atraído por la oración. Puede que la naturaleza me engañara con su esplendor, puede que llenara de devoción mi corazón y mi espíritu, pero todo eso me parecía poco, porque en lo más profundo de mi alma había un rincón que sólo la oración podía llenar. Y no una oración de Iglesia, ni una de esas

que se repiten de memoria, sino una oración solitaria, una plegaria infantil, una oración como de un amigo de Dios. Una vez oí decir, y no recuerdo a quién, que el día de Pentecostés, en Jerusalén, los discípulos recibieron del cielo como unas lenguas de fuego, y ellos, que no tenían ni idea de hablar en lenguas extranjeras, en cuanto recibieron esas lenguas de fuego empezaron a hablar inmediatamente en varias de ellas. Me quedé tan impresionado, que antes de salir el sol me puse en marcha hacia Jerusalén.

Sólo había andado unas cinco *verstas*¹ cuando me encontré con una mujer, que llevaba un niño en brazos. Me preguntó:

—¿Adónde vas, granujilla?

Me detuve y, en vez de responder a sus preguntas, le dije que dónde estaba Jerusalén y que por dónde llegaría más pronto. La mujer me respondió:

—He oído que Jerusalén está por donde se pone el sol.

La saludé y fui en esa dirección. Iba casi siempre a campo abierto, pero llegué a un bosque. Ese día diluvió por la tarde y hubo algunos truenos. Entonces me salí del camino y me refugié detrás de unas matas. Se hizo de noche. No tenía pan y me moría de hambre. A la mañana siguiente me levanté y reanudé mi marcha hacia Jerusalén. No había hecho más que entrar en el bosque, cuando oí que alguien gritaba detrás de mí:

—Párate, ¿adónde diablos vas tan corriendo?

Miré atrás de reojo y me quedé de piedra: era mi padre. Montaba un caballo blanco y se dirigió hacia mí con un látigo en su mano derecha. Cuando llegó junto a mí, se bajó del caballo, se puso a fumar *machorka*², me

1. Medida itineraria utilizada antiguamente en Rusia, que equivale a 1.067 metros.

2. Tabaco fuerte de poca calidad.

hizo subir al caballo, se montó también él y poco a poco volvimos a casa. Llegamos esa misma tarde. Mi mamá salió a nuestro encuentro con los ojos llenos de lágrimas. Mi padre ató el caballo a la valla, entró en la *izbá* con el látigo en la mano y le dio tal repaso a mi cuerpo que estuve dos semanas que no podía mirar ni para un lado ni para otro.

Aquel año aprendí a leer y a escribir. El primer maestro que tuve fue un vecino nuestro, un campesino con una fe enorme que se llamaba Sergej Timofeevic Timoskin. No me iba bien en los estudios, quizás porque me absorbía demasiado la hermosura de la naturaleza. Empecé a leer los Salmos, el Evangelio y otros libros.

A los ocho años empecé a ir a la escuela, pero me parecía estar en una cárcel. Yo era un poco salvaje y allí me encontré con otros granujillas como yo. En aquella escuela lo único que oía eran gritos, murmullos y palabras incomprensibles. Todos gritaban, todos se movían, de manera que me sentía muy solo aunque estaba entre muchachos de mi edad.

Asistí a la escuela dos años. En aquel tiempo me fascinaban las vidas de los santos. Los que más me impresionaban eran los mártires y los eremitas. Y, mira por dónde, pensaba mucho en Orígenes³ y curiosamente sin

3. Escritor eclesiástico del siglo II. En Alejandría, su ciudad natal, fundó y dirigió el *Didaskaleion*, una escuela superior de teología que floreció hasta finales del siglo IV. Tuvo muchos discípulos, atraídos por su enseñanza y por la radicalidad de su vida cristiana. Eusebio de Cesarea escribe de él: «Dedicaba toda la jornada a los grandes trabajos de la ascesis y pasaba casi toda la noche estudiando las sagradas Escrituras. Y para endurecerse cada día más en el vigor de esta vida altamente filosófica, ayunaba y dormía pocas horas, no en la cama, sino normalmente en el suelo. Estaba convencido de que se debían observar sobre todo las palabras evangélicas del Señor que nos exhorta a no tener dos túnicas, a no llevar sandalías y a no preocuparse por el futuro. Soportó el frío y la desnudez con un valor impropio de su edad y llegó a vivir la pobreza más heroica. Se dice que anduvo muchos años sin usar calzado y que se abstuvo

saber por qué. La verdad es que no recuerdo por qué Orígenes quedó tan grabado en mi memoria de niño. Pues en ese tiempo veía a Orígenes hasta en sueños. Se me aparecía con las alforjas en los hombros, con una cara alargada sin barba, descalzo y con un bastón en la mano.

Por aquel entonces venían a menudo a nuestra casa monjes y monjas de distintos monasterios, que iban a pedir limosna. Y también solía venir, aunque con menos frecuencia, un campesino de nuestro pueblo, que hacía durante algún tiempo de *jurodivij* y un poco después volvía a convertirse en una persona normal. Este campesino medio *jurodivij* empezó a influir poderosamente en mí, porque me caía muy simpático por su fuerte personalidad.

Una tarde de verano regresaba a casa con mi ganado. Entré a la *izbá* y vi a nuestro *jurodivij*. Lo saludé. Él se acercó a mí y me dijo:

–Vamos al monasterio a orar.

Le respondí que sí. Al día siguiente salimos muy temprano y ese mismo día por la tarde ya estábamos en la iglesia del monasterio. Tengo que decir que el monasterio no me causó ninguna impresión especial, pero el bosque que lo rodeaba produjo en mí una profunda emoción. El *higúmeno*⁴ me insistió en que me quedara en el monasterio y así lo hice. El primer cargo que me encomendaron fue el de sacristán, y lo cumplí con mucho ce-

durante mucho tiempo del vino y de todo lo que no era indispensable para vivir, de manera que estuvo a punto de acabar con su estómago. Debido a estos ejemplos de vida filosófica era natural que atrajese a un gran número de discípulos, que rivalizaban con él» (*Historia eclesiástica* VI, 3, 3-13). Excomulgado por el obispo de Alejandría, Orígenes se retiró a Cesarea de Palestina, y allí abrió otra escuela teológica, donde volvió a hacer exégesis de la Escritura, a enseñar y a predicar. Durante la persecución de Decio (250) fue detenido y murió a consecuencia de las torturas a que le sometieron por no querer renegar de la fe cristiana.

4. Superior del monasterio.

lo. Pero aunque todos los días estaba en la iglesia, para encontrar la paz me iba al bosque a orar. Y así pasé dos años en este monasterio.

La tarde de uno de los últimos días de mi estancia en el monasterio, mientras estaba en el refectorio, oí leer la vida del beato Stepan de Perm⁵. Cuando el lector empezó a leer el relato de su vida misionera, vi cómo brotaba en mi corazón el deseo de ser misionero. Después de cenar me retiré a mi celda. No era capaz de dormir porque no me venía el sueño. Entonces salí de mi celda, me fui al jardín y oré ardientemente. No sé si pedí algo a Dios o me limité a desfogar mis sentimientos ante Él.

Al llegar la mañana no volví en seguida a mi celda, sino que entré en la iglesia. Me es muy difícil recordar lo que me sucedió. Lo único que sé es que me fui del monasterio descalzo, con la cabeza descubierta y vestido sólo con una túnica. Y volví a mi casa.

Mis padres me recibieron con cierta sorpresa. No entendían en absoluto por qué volvía a casa de esa manera, descalzo y sin nada en la cabeza. Dos días después de mi fuga del monasterio, los superiores supieron que estaba en casa de mis padres. El *higúmeno* mandó varias veces a buscarme, pero me negué a volver, aunque sin un motivo concreto.

En casa volví a comportarme como antes de marcharme al monasterio. En cuanto podía, salía del pueblo y me iba al campo, sobre todo cuando empezaba a despuntar el trigo. Dios mío, ¡qué feliz era entonces! Me parecía que todas las hierbas, todas las flores, todas las

5. Considerado el mayor misionero de la Iglesia rusa. Nació hacia 1340-1345 en Velikij Ustjug, en la región al este de los Urales. Ingresó en el monasterio de San Gregorio el Teólogo, en Rostov. Inventó un alfabeto para traducir los libros litúrgicos y parte de las Escrituras a la lengua de los zyrjanos, la población local. También se preocupó de formar al clero que iba a estar al servicio de este pueblo.

espigas de centeno susurraban palabras misteriosas sobre una realidad divina cercana, muy cercana al hombre, a los animales, a las hierbas, a las flores, a los árboles, a la tierra, al sol, a las estrellas y a todo el universo.

Así, embriagado, andaba y andaba por los campos de cereales y allí me entregaba a una extraña oración. Unas veces lloraba, otras reía, otras gritaba salvajemente al cielo o yacía boca arriba conteniendo la respiración y esperando el último instante de mi vida. De tanto en tanto, cuando araba, cuando trabajaba la tierra, sobre todo por la mañana, al salir el sol y al canto de las alondras, me invadía una especie de ebriedad espiritual.

Simeón, el peregrino

Vivía entonces en nuestro pueblo un campesino que se llamaba Simeón Samsonovic. Cuando Simeón se encontraba con alguien, se adelantaba a quitarse el gorro, se inclinaba sobre la tierra y lo saludaba así:

–Siervo de Dios, el reino de los cielos esté contigo.

Simeón vivía pobremente. Cuando casó a su hija, sólo ofreció a sus invitados pan y, en vez de vodka, agua santa del Jordán. Nunca ofendía a nadie, y si alguien lo injuriaba o le dirigía palabras ofensivas, él le respondía:

–Siervo de Dios, el reino de los cielos esté contigo.

Le fui tratando y empezamos a tener una profunda relación entre los dos. Un día vino a nuestra *izbá*, charlamos de muchas cosas y al final me dijo:

–Siervo de Dios, vayamos a Tichon de Zadonsk⁶, vayamos a suplicarle. Puede que te muestre el camino.

6. Nació en 1724 en el distrito de Novgorod. Siendo monje fue ordenado por el obispo de Veronez, donde permaneció cuatro años dedicándose a la reforma y a la instrucción del clero. Defendió a los pobres,